



1972

## La violencia en tres novelas de Mariano Azuela

Samuel Holland  
*University of the Pacific*

Follow this and additional works at: [https://scholarlycommons.pacific.edu/uop\\_etds](https://scholarlycommons.pacific.edu/uop_etds)

 Part of the [Latin American Literature Commons](#), and the [Social and Behavioral Sciences Commons](#)

---

### Recommended Citation

Holland, Samuel. (1972). *La violencia en tres novelas de Mariano Azuela*. University of the Pacific, Thesis. [https://scholarlycommons.pacific.edu/uop\\_etds/1792](https://scholarlycommons.pacific.edu/uop_etds/1792)

This Thesis is brought to you for free and open access by the University Libraries at Scholarly Commons. It has been accepted for inclusion in University of the Pacific Theses and Dissertations by an authorized administrator of Scholarly Commons. For more information, please contact [mgibney@pacific.edu](mailto:m gibney@pacific.edu).

LA VIOLENCIA EN TRES NOVELAS DE MARIANO AZUELA

---

Tesis

Presentada a

La Facultad de la Escuela de Graduados

University of the Pacific

---

En Cumplimiento Parcial

de los Requisitos para el Título

Master of Arts in Inter-American Studies: Spanish

---

por

Samuel Holland

Agosto 1972

This thesis, written and submitted by

SAMUEL HOLLAND

---

is approved for recommendation to the Committee  
on Graduate Studies, University of the Pacific.

Department Chairman or Dean:

*Wesley C. Coe*

---

Thesis Committee:

*Graciela de Urteaga* Chairman

---

*Walter A. Payne*

---

*Florindo Villa-Pharez*

---

---

Dated August the 19<sup>th</sup>, 1992

## INDICE

|   | Página |
|---|--------|
| PREFACIO . . . . .                                      | ii     |
| Capítulo  |        |
| I. INTRODUCCION . . . . .                               | 1      |
| II. LA REVOLUCION MEXICANA DE 1910 . . . . .            | 4      |
| III. MARIANO AZUELA: NOTAS BIOGRAFICAS . . . . .        | 24     |
| IV. TRES NOVELAS . . . . .                              | 33     |
| <u>Los caciques</u> . . . . .                           | 33     |
| <u>Los de abajo</u> . . . . .                           | 38     |
| <u>Las moscas</u> . . . . .                             | 44     |
| V. LA VIOLENCIA EN LAS TRES NOVELAS . . . . .           | 51     |
| Definiciones . . . . .                                  | 51     |
| Actitudes acerca de la violencia . . . . .              | 53     |
| La violencia del estado . . . . .                       | 55     |
| La violencia de las fuerzas revolucionarias . . . . .   | 57     |
| La violencia a través de la crítica de Azuela . . . . . | 60     |
| VI. CONCLUSIONES . . . . .                              | 65     |
| BIBLIOGRAFIA . . . . .                                  | 68     |

## CAPITULO I

### INTRODUCCION

Cada día que pasa se oye decir con más frecuencia y con más sinceridad que la violencia es la única alternativa que tiene el que quiera cambiar a la sociedad, ya sea en cuanto a los prejuicios raciales que se propagan por muchas de nuestras instituciones, o las demás injusticias sociales que se difunden por todas partes. Claro está que con más frecuencia también se publican estudios acerca de las causas de la violencia, ya sea como resultado directo de la injusticia y la frustración o como alternativa empleada por los líderes ya cansados de emplear los métodos ortodoxos de no-violencia. Abundan las recomendaciones para evitar toda clase de violencia. Habiendo experimentado este país tanta violencia en los motines raciales, en los asesinatos políticos, y en los actos de violencia irracionales de tipo criminal, el estudio detallado de la violencia desde todos los puntos de vista posibles es indispensable.

En este estudio veremos la interpretación novelística de la violencia que Mariano Azuela mismo presencié en México durante la Revolución de 1910. Ya que esa revolución es una de las guerras civiles más conocidas y más importantes de este hemisferio, será muy interesante ver detalladamente algunos de los actos de violencia típicos de esa época. Y

¿quién mejor que Mariano Azuela para darnos una vista casi cinematográfica? En Los de abajo, Mariano Azuela usa la Revolución como tema principal y, por consiguiente, inspira a su generación de escritores a hacer uso de sus propias experiencias revolucionarias.

Mariano Azuela nos presenta una visión realista de la vida. De vez en cuando, pinta una realidad descarnada al estilo del escritor francés Emile Zola, pero no lo hace con el intento de arguir, sino más bien para instruir al lector acerca de las condiciones y las actitudes que a veces conducen a escenas de horror y pesar.

Para llegar a una apreciación más profunda de lo que nos dice Mariano Azuela, el capítulo II presenta un breve bosquejo de la Revolución desde los puntos de vista político, económico, y social. En el capítulo III se indican aquellos datos biográficos del autor que ofrezcan, quizá, un entendimiento más amplio de las tres novelas que se analizan en el capítulo IV.

Con la orientación dada en esos capítulos, el tema principal de la violencia se analiza con más detalle, usando las tres novelas de fondo en el capítulo V. Empezando con una definición contemporánea de la violencia, se ve detalladamente lo que Mariano Azuela nos revela de la violencia de aquella época.

El capítulo VI incluye un comentario general acerca del tema de la violencia, las conclusiones personales del que suscribe esta tesis, y una recomendación en cuanto a la

investigación de la violencia en México desde un punto de  
vista más amplio y profundo.

## CAPITULO II

### LA REVOLUCION MEXICANA DE 1910

La Revolución de 1910 es indudablemente el acontecimiento más notable y más influyente en la evolución histórica de México en el siglo veinte. El país pasó por una violencia desenfrenada y por una transformación social que iban a influir profundamente el alma mexicana. Tanto que en 1969 un autor mexicano podía escribir con toda sinceridad lo siguiente:

. . . la Revolución Mexicana prendió idealismo para mi juventud, tenacidad briosa para mi edad madura y devoción reflexiva para mi vejez.

La he amado, la amo y deseo que usted la ame con amor consciente.<sup>1</sup>

Más adelante se verá la Revolución misma como fondo histórico y a veces como personaje en la obra de Mariano Azuela. Es necesario, por consiguiente, dar un bosquejo de aquella época con el fin de facilitar el análisis de tres de sus novelas y para destacar algunos factores de mayor importancia. Nos fijaremos en los siguientes aspectos: (1) el fondo histórico de la Revolución, (2) el estado económico en 1910, (3) las clases sociales, (4) algunos antecedentes inmediatos de la Revolución, (5) un cuadro cronológico de la Revolución, y (6) los ideales de la Revolución y su realización institucional.

En el año de 1910 ya tenía México, como lo expresa un escritor norteamericano,<sup>2</sup> su tradición revolucionaria. En el período 1821-1857, hubo cambios de gobierno por medio de más de doscientos cincuenta levantamientos. Benito Juárez y su sucesor Sebastián Lerdo de Tejada sufrieron insurrecciones año tras año.<sup>3</sup>

El mismo Porfirio Díaz empezó su carrera política como jefe revolucionario, lanzando el Plan de la Noria contra la reelección de Juárez en noviembre de 1871. Fue derrotado en aquel intento, pero volvió a levantarse contra el Presidente Lerdo en 1876.

. . . . Tremolando la bandera triunfante del Plan de Tuxtepec hizo su entrada a México el 23 de noviembre de 1876 y cinco días más tarde se hizo cargo de la Presidencia de la República de acuerdo con el Plan.<sup>4</sup>

En el Plan de Tuxtepec, Díaz clamó por el sufragio y por la no reelección entre otros principios laudables. "Con el triunfo de la revolución tuxtepecana pareció nacer una aurora de paz y libertad para el pueblo mexicano."<sup>5</sup> Pero no fue así.

A pesar de que el porfiriato (1876-1911) se considera una época caracterizada por la paz y el progreso,<sup>6</sup> y de que "su tendencia de conciliación y de tolerancia, para ahorrar violencia y dar a su mando sustentación durable en la aquiescencia de la mayoría."<sup>7</sup> don Porfirio Díaz tuvo sus problemas con los rebeldes del país.

El escritor Grass hace una cronología de actividades revolucionarias contra el dictador. En estas actividades figuraron los partidarios de Lerdo y Tejada, los antiguos porfiristas desilusionados, los indígenas con respecto a la

reforma agraria, y los sindicalistas.<sup>8</sup> Nos dice un historiador mexicano:

. . . . Treinta y cuatro años de constante inquietud belicosa, y no treinta y cuatro años de beatífica paz, fueron los que caracterizaron a la dictadura porfiriana.<sup>9</sup>

No obstante las actividades revolucionarias contra don Porfirio Díaz, no se puede negar que hubo paz durante muchos años de su dictadura. José Bravo Ugarte denomina el período 1876-1896 como uno de pacificación:

. . . . La pacificación fue obra larga, de veinte años que se logró mediante un régimen de evolución económica, de conciliación y de represión despótica de la oposición armada y de la periodista.<sup>10</sup>

Otro historiador mexicano da una idea más concreta de la represión despótica a que se refiere Bravo Ugarte:

. . . . También proclamaba [Díaz] el respeto a la vida humana, pero cuando en 1879 se dejó sentir en el país un ambiente de conspiración auspiciada por antiguos lerdistas, Díaz lo olvidó. El 25 de junio de ese año, el general Luis Mier y Terán ordenó el fusilamiento de siete civiles y dos militares, en Veracruz, sin que se comprobara a ninguno culpabilidad sediciosa y solo obedeciendo al contenido trágico de un mensaje telegráfico firmado por el general Díaz.<sup>11</sup>

En cuanto a la represión despótica de la oposición periodista, don Porfirio Díaz usó el encarcelamiento o la expatriación voluntaria.<sup>12</sup> Además tenía sus propias prensas (El Partido Liberal, 1885-1896 y El Imparcial, 1896-1914), o controlaba con favores o subvenciones a la prensa contraria.<sup>13</sup>

. . . . ¡Pobre periodista que iba consignado a los jueces inquisitoriales destinados, por don Porfirio, para castigar a los "deslenguados" . . . . Quienes iban ante los juzgadores . . . estaban perdidos. . . .

. . . . Y del juzgado iban directamente a "las bartolinas" de Belén donde no era imposible que se perdieran para siempre las huellas de algunos de estos valientes.<sup>14</sup>

El progreso económico de México durante el porfiriato se puede documentar desde varios puntos de vista, y desde casi todos éstos se da una cuenta de que hubo un mejoramiento general del país. En cambio, el historiador Silva Herzog hace la siguiente observación acerca del mismo tema:

. . . . Hubo progreso económico, pero no desarrollo económico, que es diferente. Mientras los obreros, artesanos, y campesinos, los más débiles económicamente, eran vistos con mal disimulado desprecio por todas las autoridades administradoras . . . los grandes hombres de negocios disfrutaban de la amistosa consideración de todos los funcionarios.<sup>15</sup>

Según Arredondo Muñozledo, los inversionistas le exigieron a Díaz que se obligara a no permitir ningún movimiento sindical.<sup>16</sup> Hubo huelgas durante la época del dictador, pero ni una sola tuvo éxito completo.<sup>17</sup> La filosofía del gobierno era: "A nadie se le impone el trabajo; el que quiere, puede seguir trabajando, el que no, puede retirarse."<sup>18</sup>

Ya se denomine progreso, ya evolución, Bravo Ugarte hace un resumen bastante impresionante de los avances económicos y tecnológicos durante el porfiriato:

. . . . La evolución económica del país en grandes y vistosas obras materiales, tuvo una función política, que transformó la energía revolucionaria de la Nación en energía económica. Hubo trabajo para el pueblo, fundáronse Instituciones de Crédito, se multiplicaron los ferrocarriles y los telégrafos, instalóse el teléfono, el cable y la luz eléctrica, se estableció un servicio regular de navegación para los Estados Unidos y Europa, se organizó el Correo, se mejoraron los puertos, modernizóse la Capital de la República, celebráronse exposiciones industriales, agrícolas y ganaderas y se pudieron, en fin, nivelar los presupuestos. En vez de asuntos políticos se hablaba de negocios y de progreso.<sup>19</sup>

Al lado de todas estas obras tan beneficiosas para el país existía una pobreza increíble entre la mayoría del pueblo mexicano. Silva Herzog señala unas cifras que revelan el verdadero estado económico del pueblo. Mientras que el costo de la vida había subido muchísimo, el ingreso de la familia campesina apenas era suficiente para comprar lo más mínimo de las necesidades de la vida. El frijol, por ejemplo, subió de \$1.63 por 100 kilos en 1892 a \$10.84 por kilo en 1908, y el maíz subió de \$1.75 por hectólitro a \$4.89 durante el mismo período.<sup>20</sup> Y los salarios de los obreros eran de 25 a 30 centavos al día.<sup>21</sup>

. . . . No es en consecuencia exagerado decir que en los comienzos de este siglo, cuando se hablaba de paz, de orden y de progreso, cuando se creía que México caminaba seguro y con celeridad hacia adelante, la gran masa de la población sufría de hambre, se vestía mal y se alojaba peor.<sup>22</sup>

La estructura social en 1910 se componía de la clase alta, la clase media, y la clase popular. La clase alta incluía a los grandes terratenientes, a los grandes comerciantes, al clero, y a las jerarquías del ejército. La clase media era formada de profesionales liberales, de comerciantes, y de los pequeños terratenientes, de ciertos niveles de oficiales militares, y de rancheros. En la clase popular se encontraban los peones acasillados, los jornaleros de la agricultura y de la industria, y el proletariado urbano marginal.<sup>23</sup>

La clase alta se había enriquecido bajo el régimen de Porfirio Díaz. Con el desarrollo técnico-económico bajo el apoyo de capital extranjero, se abrió paso a la expansión del

mercado, tanto nacional como internacional. Los grandes terratenientes empezaron a industrializarse dentro del mismo sistema semi-feudal que ya existía. Hablando del estado de Morelos, John Womack, Jr. declara:

. . . . Plantations in Morelos became company towns, their permanent populations ranging from 250 to almost 3,000.<sup>24</sup>

. . . . The Ministry of Public Works sold them [the planters] all the public land left in the state and granted them favorable rulings on their requests for clear titles to other acquisitions.<sup>25</sup>

El gobierno protegía a la clase alta con los federales, una especie de ejército-policía. En el nivel estatal, los rurales hacían el mismo papel que los federales, y muy a menudo se unían. Pero además de esta protección oficial, los hacendados mantenían su propia policía, llamada guardias blancas.

. . . . Se trataba de policías particulares al servicio exclusivo del hacendado. . . . Y fue en muchas de aquellas 840 grandes haciendas que las guardias blancas sentenciaron y fusilaron a "un pelado altanero e insurrecto," sin más delito que el de haber proferido algún desesperado grito de rebeldía ante tantas injusticias.<sup>26</sup>

La alianza tradicional del hacendado y el clero se hizo todavía más fuerte durante el porfiriato. "La Iglesia, en vez de ser obstáculo, se tornó elemento favorable de acción, [para Díaz]."<sup>27</sup> Y a la Iglesia se la identificó con los terratenientes extranjeros desde un principio. Durante la Revolución siempre fue enemiga del anhelo popular.<sup>28</sup>

Los jefes políticos, llamados caciques, ejercían poder absoluto por todo el país. Eran tan odiados por el pueblo que los líderes revolucionarios no tenían más que gritar, "que mueran los caciques," para que las tropas se llenaran de

fervor revolucionario.

En 1900 la clase media formaba el 8.5% de la población.<sup>29</sup> Los ingresos de esta clase variaban de 30 a 40 pesos a 100 pesos mensuales. Entre los hombres de esta clase se hallaban los más cultos y los más inteligentes de la sociedad mexicana. "De la clase media salieron no pocos caudillos y quizás los mejores de la Revolución de 1910."<sup>30</sup> Los ferrocarrileros fueron los primeros en organizar resistencia, y al lado de este movimiento sindical iban creciendo también las organizaciones de rancheros para hacer resistencia a los hacendados.<sup>31</sup> Por consiguiente puede decirse que la clase media inició la oposición intelectual, como por ejemplo, la tarea de los hermanos Jesús y Ricardo Flores Magón.<sup>32</sup> y la oposición bajo forma de huelgas y de la apropiación de tierras a fuerza de armas.<sup>33</sup>

La gran mayoría de mexicanos se hallaba en la clase popular, o baja.<sup>34</sup> En 1900 esta clase se formaba del 91.1% de la población.<sup>35</sup> Los ingresos variaban de 75 centavos al día para un maestro albañil a 37 centavos diarios (diez a doce horas) para un peón en la ciudad. Un peón campesino ganaba de 25 a 30 centavos al día.<sup>36</sup> Los pueblos indígenas, por lo general, habían perdido casi todas sus tierras; en 1910 ni el 10% de estos pueblos tenían tierras propias.<sup>37</sup>

Este gran pueblo desheredado fue el que puso toda su fé y sus esperanzas en Francisco Madero, el apóstol de la Revolución. Y a pesar de haber sido un sacudimiento tan violento y tan incomprensible para las masas, la Revolución

acabó por cristalizar los ideales populares y por darles forma legal en la Constitución de 1917.<sup>38</sup>

Los antecedentes de la Revolución se pueden colocar en tres categorías bastante amplias: (1) la liberalización del país, (2) los abusos y los errores políticos del régimen, y (3) los acontecimientos claves.

Aunque parezca una paradoja decirlo, el movimiento liberal que había venido creciendo desde 1810 siguió desarrollándose durante el porfiriato. Dentro del mismo desarrollo económico y tecnológico tuvo que haber intercambio de ideas y de impresiones entre el pueblo mexicano y el resto del mundo.<sup>39</sup> Las teorías sociales de la Revolución Francesa, del Positivismo de Comte, y del Marxismo se difundieron por todo el país.<sup>40</sup> De la voluminosa labor bibliográfica literaria surgida en esa época, se destacaron muchos libros de historia universal y nacional.<sup>41</sup> Y aunque el dictador enmendó la constitución para poner límites a la libertad de prensa,<sup>42</sup> se fundaron muchos periódicos en los cuales se difundían muchas ideas de reforma social y hasta una crítica fuertísima en contra de la dictadura, como en el Regeneración de Ricardo Flores Magón.<sup>43</sup> En Morelos y en Sinaloa (entre 1908 y 1909) hubo mucha propaganda socialista en las elecciones para gobernador.<sup>44</sup>

En el fondo histórico que ya se ha indicado al principio de este capítulo hemos mencionado muchos de los abusos del régimen contra el pueblo mexicano. Pero entre las faltas del porfiriato hubo dos que fueron fundamentales en causar el

levantamiento popular. Una de esas faltas fue el favoritismo que se le demostró en todo momento a lo extranjero, ya sea en forma de adulación de la cultura de fuera como en forma de protección y de apoderamiento que se les dió a los inversionistas extranjeros.<sup>45</sup>

. . . . The foreigner . . . was now considered the most important element in society. . . . The concessions made to foreigners, especially in the changes in the mining code, worked to the grave disadvantage of the nation. . . . The preference granted to foreigners was constantly humiliating to the nationals and was one of the most irritating facets of the dictatorship.<sup>46</sup>

Otra de las faltas fundamentales del régimen fue la de ignorar las demandas de la clase media -- los obreros urbanos y los rancheros. El dictador, tan hábil en sus métodos de conciliación en casi todos los años de su régimen, no supo hacer concesiones ni a los obreros ni a los rancheros.<sup>47</sup> Las huelgas iban aumentando, y los métodos de combatir las cada vez eran más violentos.<sup>49</sup> En 1910, menos del 10% de las familias poseían o controlaban al rededor del 85% de la tierra. La mayoría de los rancheros independientes que habían perdido sus tierras bajo el régimen de Porfirio Díaz tenía que conseguir empleo con los mismos hacendados que le habían quitado las tierras. Y como labriegos en aquellas haciendas se les trataba como esclavos en muchos de los casos.<sup>49</sup>

Como incidentes claves que se grabarían en la conciencia nacional se deben citar los de Cananea y Río Blanco. En Cananea, Estado de Sonora, la Cananea Consolidated Copper Company, los obreros se declararon en huelga en 1906. La huelga fue suspendida a balazos por la compañía misma con la

ayuda del gobernador del Estado. Hubo varios muertos y heridos.<sup>50</sup> Al año siguiente se levantaron en huelga los trabajadores de la fábrica de hilados y tejidos de Río Blanco, en el Estado de Veracruz.

. . . . No menos de 400 obreros entre los que se contaron muchas mujeres y numerosos pequeños, fueron asesinados por los soldados. . . .<sup>51</sup>

. . . . Tres días de crueldad inaudita habían ensombrecido la región. Los muertos se contaban por centenares: por centenares se contaban los prisioneros. . . . Se fusilaba sin piedad a cuanto hilandero era encontrado al anochecer.<sup>52</sup>

En 1908 tuvo lugar la entrevista de Porfirio Díaz con James Creelman, periodista norteamericano. Con esa entrevista, el dictador, sin quererlo, abrió paso muy ancho a su oposición.<sup>53</sup> Muy pronto se formaron partidos políticos, se publicaron dos obras (Francisco Madero, La sucesión presidencial en 1910; Andrés Molina Enríquez, Los grandes problemas nacionales) que iban a servir de guías ideológicas, se organizó la convención del partido antirreeleccionista que el 15 de abril de 1910 nombrara a Madero presidente de la República y al doctor Francisco Vázquez Gómez vicepresidente. Antes de la elección, Madero fue encarcelado en San Luis Potosí. Después de las elecciones, en las que el régimen salió victorioso una vez más, hubo una manifestación antirreeleccionista que fue "brutalmente reprimida."<sup>54</sup> La hora del levantamiento general se acercaba.

Madero se escapó para San Antonio, Texas, y de allí lanzó su famoso Plan de San Luis Potosí, en el que declaró nulas las elecciones y ley suprema la no reelección. Fijó

el 20 de noviembre de 1910 para un levantamiento general. La Revolución estalló en Puebla y en Chihuahua con el apoyo de Emiliano Zapata y Pancho Villa. Para el 9 de mayo de 1911, Madero estableció su gobierno revolucionario en Ciudad Juárez, Chihuahua, y el 21 de mayo renunció Porfirio Díaz y quedó Francisco L. de la Barra como presidente interino. En las elecciones de octubre, Madero y José María Pino Suárez fueron electos presidente y vicepresidente, respectivamente.

Madero fracasó a pesar de sus ideales democráticos y buenas intenciones. Rodeado de porfiristas poderosos y de líderes revolucionarios de ambiciones políticas propias, Madero nunca pudo unir al país. Emiliano Zapata y Pascual Orozco lanzaron sus respectivos planes de reformas agrarias.<sup>55</sup> levantándose en contra de Madero. Y los reaccionarios, bajo el mando de Victoriano Huerta, pusieron fin al régimen maderista en un levantamiento sangriento en la misma capital de México. El 22 de febrero de 1913, Madero y Pino Suárez fueron asesinados al ser trasladados a la Penitenciaría.

Huerta, desde entonces conocido como "el usurpador," inició su término presidencial sin el apoyo del pueblo. Casi inmediatamente se levantaron las fuerzas revolucionarias en contra de él. Después de un año y meses de una dictadura despótica, Huerta renunció y huyó de la capital ante las fuerzas constitucionalistas de Venustiano Carranza, Alvaro Obregón, y Pancho Villa.

Carranza sube a la presidencia el día 20 de agosto de 1914. En septiembre, Carranza convoca a una Convención de

gobernadores y generales. Villa se niega a asistir y lanza su Plan de Chihuahua, rechazando a Carranza. Zapata igualmente se niega a someterse a Carranza.

La Convención se reanuda en Aguascalientes en octubre, pero Carranza rehusa asistir. Aquí empieza un período caótico en el cual existen dos gobiernos contrarios. Mientras el gobierno convencionalista nombra a Eulalio Gutiérrez presidente provisional y desconoce a Carranza, éste establece su gobierno en Veracruz. De allí lanza varias leyes de reforma.<sup>56</sup> Después de casi tres años de violencia desenfrenada entre los varios grupos revolucionarios se resuelve la lucha en favor de Carranza cuando Obregón derrota definitivamente a Pancho Villa en abril de 1915 en Celaya. Las fuerzas constitucionalistas (de Carranza) fueron apoderándose de las ciudades que quedaban todavía en manos de los convencionalistas. En fin, Carranza fue elegido presidente en 1917.

Quedaron rivalidades, no obstante la popularidad del presidente Carranza. En 1918, los Estados de Chihuahua, Chiapas, Oaxaca, Tabasco, Tamaulipas, y Morelos estaban en manos de los rebeldes. En abril de 1919, Zapata es asesinado, y en noviembre el general revolucionario Felipe Angeles es fusilado. Al acercarse las elecciones presidenciales para 1920-1924, empezó un problema con Alvaro Obregón. Este líder carranzista es rechazado por Carranza en favor de un desconocido, al menos para el país, don Ignacio Bonillas. Se arma una rebelión en Sonora, y se lanza el Plan de Agua Prieta. Para el 7 de mayo cae el gobierno de Carranza. Adolfo de la

Huerta es nombrado presidente provisional hasta las próximas elecciones, en las que sale Obregón presidente para el período 1920-1924. Con Alvaro Obregón empieza ya una serie de presidentes constitucionales que sigue hasta la actualidad, dándole a México su impresionante estabilidad política.

Los ideales de la Revolución se empezaron a realizar desde el momento que renunció Porfirio Díaz al poder. El dictador, que ignoró el espíritu de la Constitución de 1857, y hasta la enmendó a su gusto para guardar las apariencias de ser un régimen "constitucional,"<sup>57</sup> fue el obstáculo más poderoso, y vencido él, triunfó la Revolución políticamente. Con Madero hubo libertad de prensa, se permitieron los partidos libres,<sup>58</sup> y la elección fue la más honesta en muchos años.<sup>59</sup> Las cortes estaban libres de intervención política.<sup>60</sup>

En cuanto a los ideales de reforma social, el gobierno, ante unos obstáculos fuertísimos, empezó a actuar para realizarlos. Ya se le había dado al gobierno el derecho a comprar terrenos para dividirlos y venderlos a dueños menores. Se formó un Banco Nacional para mejorar y construir obras de riego y se hablaba de un programa para restaurar los ejidos. El resultado más importante del régimen maderista en este punto, quizá, fue que muchos de los líderes nuevos se dieron cuenta que los problemas agrarios de México no se podrían resolver de un día para otro.<sup>61</sup> Se creó el Departamento de Trabajo "para redactar las leyes que estaban exigiendo los trabajadores."<sup>62</sup>

El paso más importante para realizar los ideales de la Revolución se dio por el Congreso Constituyente convocado por Venustiano Carranza con el fin de reformar la Constitución de 1857. El resultado fue la gran Constitución de 1917, que ha servido de fuente para una legislación nacional e internacional que sigue todavía.<sup>63</sup> Jesús Silva Herzog considera los artículos 3, 27, 28, 123, y 130 los de más significación.<sup>64</sup>

El artículo 3 declara la educación libre y prohíbe la instrucción religiosa.

. . . . La enseñanza es libre; pero será laica la que se dé en los establecimientos oficiales de educación, lo mismo que la enseñanza primaria, elemental y superior que se imparte en los establecimientos particulares.<sup>65</sup>

El artículo 27, el de más influencia política, económica, y social, declara que la propiedad de las tierras y aguas corresponden originariamente a la nación. Expresa el principio que la nación tiene el derecho de imponer el interés público sobre la propiedad privada y también el derecho de expropiación por causa de utilidad pública. El subsuelo, por consiguiente, se pone bajo el dominio de la nación. Se plantea el fraccionamiento de los latifundios. Constitucionalizaba la ley del 6 de enero de 1915 de Carranza, que declaraba nulas todas las enajenaciones de tierras, aguas, y montes pertenecientes a los pueblos. Se prohibía a las asociaciones religiosas adquirir, poseer, o administrar bienes raíces. Claro está que con este artículo se planteó legalmente la supresión de muchos de los abusos de la época.

porfiriana. Y en el artículo 28, que prohíbe los monopolios, se ve el intento de controlar el enriquecimiento de grupos comerciales, tanto nacionales como extranjeros.

El artículo 123 formó la base para la legislación obrera. Se reconoce allí el derecho de huelga, la jornada de ocho horas, la fijación de un salario mínimo, y otros puntos. Con este artículo se constitucionalizó otro de los ideales revolucionarios por los cuales empezaron a luchar tantos obreros en Cananea y Río Blanco.

Los abusos del porfiriato fueron muchísimos, pero los siguientes se destacan por ser los abusos que la Revolución trataba de abolir: (1) el poder absoluto del dictador, (2) represión despótica de toda oposición, (3) el ensanchamiento y enriquecimiento de los inversionistas extranjeros, (4) supresión violenta de los sindicatos, (5) la pobreza de la gran mayoría del pueblo mexicano, (6) el caciquismo, y (7) la pérdida de sus tierras por la mayoría de los pequeños terratenientes. Mariano Azuela tenía una visión muy clara de los abusos del porfiriato, y al mismo tiempo conocía muy bien la ideología de la Revolución. De ese conflicto surgieron los temas que le dan a la obra de Azuela su sabor especial.

La Constitución de 1917 no resolvió todos los problemas del pueblo mexicano, pero sí los reconoció. En ella se establecieron los puntos de partida para su solución. En 1972, México sigue en aquel camino que a fuerza de armas y a costa de mucho sufrir y de mucha sangre derramada pudo abrir

la Revolución de 1910.

## Notas al calce para el Capítulo 2.

<sup>1</sup>Diego Arenas Guzmán, La Revolución Mexicana (México: Fondo de Cultura Económica, 1969), pp. 7-8.

<sup>2</sup>Roland L. Grass, Precursors of the Novel of the Mexican Revolution (Ann Arbor: University Microfilms, Inc., 1969), p. 2.

<sup>3</sup>José Bravo Ugarte, Compendio de historia de México (México: Editorial Jus, 1968), p. 243.

<sup>4</sup>Florencio Barrera Fuentes, Historia de la Revolución Mexicana (México: Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana, 1955), p. 14.

<sup>5</sup>Ibid., p. 15. <sup>6</sup>Bravo Ugarte, op. cit., p. 243.

<sup>7</sup>Emilio Rabasa, La evolución histórica de México (México, D. F.: Editorial Porrúa, S. A., 1956), pp. 122-123.

<sup>8</sup>Op. cit., pp. 34-44.

<sup>9</sup>Benjamin Arredondo Muñozledo, Historia de la Revolución Mexicana (México: Offset Larios, 1968), p. 14.

<sup>10</sup>Bravo Ugarte, op. cit., p. 244.

<sup>11</sup>Barrera Fuentes, op. cit., p. 16.

<sup>12</sup>Jesús Silva Herzog, Breve historia de la Revolución Mexicana (México: Fondo de Cultura Económica, 1960), pp. 53-54.

<sup>13</sup>Bravo Ugarte, op. cit., p. 245.

<sup>14</sup>Miguel Velasco Valdés, La prerrevolución y el hombre de la calle (México: Costa-Amic, 1964), p. 194.

<sup>15</sup>Op. cit., p. 42. <sup>16</sup>Op. cit., p. 29

<sup>17</sup>Ibid., p. 30. <sup>18</sup>Ibid., p. 31.

<sup>19</sup>Op. cit., p. 244.

- <sup>20</sup>Silva Herzog, op. cit., pp. 34-35.
- <sup>21</sup>Grass, op. cit., p. 21.
- <sup>22</sup>Silva Herzog, op. cit., p. 35.
- <sup>23</sup>México, 50 años de Revolución, Tomo II (México: Fondo de Cultura Económica, 1961), p. 49.
- <sup>24</sup>John Womack, Jr., Zapata and the Mexican Revolution (New York: Alfred A. Knopf, 1969), p. 43.
- <sup>25</sup>Ibid., p. 44.
- <sup>26</sup>Arredondo Muñozledo, op. cit., p. 14.
- <sup>27</sup>Emilio Rabasa, op. cit., p. 124.
- <sup>28</sup>Frank Tannenbaum, Mexico, the Struggle for Peace and Bread (New York: Alfred A. Knopf, Inc., 1950), pp. 131-132.
- <sup>29</sup>México: 50 años de Revolución, op. cit., p. 68.
- <sup>30</sup>Silva Herzog, op. cit., p. 41.
- <sup>31</sup>Womack, Jr., op. cit., pp. 70-71.
- <sup>32</sup>Grass, op. cit., p. 38, p. 39, p. 41.
- <sup>33</sup>Véase la cita número 31 de este estudio.
- <sup>34</sup>Silva Herzog, op. cit., p. 41.
- <sup>35</sup>México, 50 años de Revolución, op. cit., p. 61.
- <sup>36</sup>Véase la cita número 21 de este estudio.
- <sup>37</sup>Lesley Byrd Simpson, Many Mexicos (Berkeley: University of California Press, 1966), p. 263.
- <sup>38</sup>Silva Herzog, op. cit., II, pp. 267-283.
- <sup>39</sup>Grass, op. cit., p. 27.

<sup>40</sup>Ugarte, op. cit., pp. 261-262.

<sup>41</sup>Grass, op. cit., p. 30.

<sup>42</sup>Ibid., p. 10.

<sup>43</sup>Charles C. Cumberland, Mexican Revolution (Austin: University of Texas Press, 1952), p. 25. Véase también Jesús Silva Herzog, Trayectoria ideológica de la Revolución Mexicana, 1910-1917 (México: Cuadernos Americanos, 1963), pp. 22-23.

<sup>44</sup>Ugarte, op. cit., p. 262.

<sup>45</sup>Romero Flores, op. cit., pp. 44-46. Véase también Arredondo Muñozledo, op. cit., p. 31.

<sup>46</sup>Cumberland, op. cit., p. 9.

<sup>47</sup>Ibid., pp. 24-25. <sup>48</sup>Ibid., p. 16 and p. 18.

<sup>49</sup>Ibid., p. 24.

<sup>50</sup>Romero Flores, op. cit., pp. 51-55.

<sup>51</sup>Ibid., p. 62. <sup>52</sup>Ibid., p. 63.

<sup>53</sup>Grass, op. cit., p. 28.

<sup>54</sup>Arredondo Muñozledo, op. cit., p. 43.

<sup>55</sup>Antonio Castro Leal, La novela de la Revolución Mexicana (México: Aguilar, 1965), p. 19. También véase Silva Herzog, Trayectoria ideológica, op. cit., p. 29 (El Plan de Ayala); p. 30 (El Plan Orozquista).

<sup>56</sup>Leal, op. cit., pp. 35-36

<sup>57</sup>Cumberland, op. cit., p. 7.

<sup>58</sup>Simpson, op. cit., p. 24.

<sup>59</sup>Cumberland, op. cit., p. 249. <sup>60</sup>Ibid., p. 252.

<sup>61</sup>Ibid.

<sup>62</sup>México, 50 años, II, op. cit., p. 200.

<sup>63</sup>Jorge Carpizo, La Constitución Mexicana de 1917  
(México: UNAM, 1969), pp. 363-373.

<sup>64</sup>Silva Herzog, Breve historia, II, op. cit., p. 254.

<sup>65</sup>Ibid.

### CAPITULO III

#### MARIANO AZUELA: DATOS BIOGRAFICOS<sup>1</sup>

Nació Mariano Azuela el primero de enero de 1873 en Lagos de Moreno, Estado de Jalisco. Su padre era propietario de una tienda de abarrotes y de un rancho a 20 kilómetros del pueblo.

Después de haber terminado la primaria, hizo cuatro años en el Liceo del Padre Guerra. En 1887, continuó sus estudios en Guadalajara. Empezó en un seminario,<sup>2</sup> pero terminó por recibir su pergamino de médico, cirujano y partero en 1900.

Volvió a su pueblo natal para ejercer su profesión y para casarse con su novia de muchos años, Carmen Rivera. De este matrimonio nacieron diez hijos, seis varones y cuatro mujeres.

Azuela empezó su obra literaria con sus Impresiones de un estudiante en 1896.<sup>3</sup> Seguía su labor literaria a la vez que sus estudios (y después su profesión) de medicina por toda su vida. Aún cuando se incorporó a los maderistas en 1911 y a los villistas (en contra de Carranza) en 1914, siguió ejerciendo sus dos carreras. El médico-novelistas recibió su educación política y militar en plena Revolución. En 1910, ayudó a formar un grupo maderista en Lagos de Moreno y

cuando triunfó Madero, se le nombró a Azuela jefe político de Lagos de Moreno en mayo de 1911. Tuvo que tomar su puesto a fuerza de armas y en julio de ese mismo año tuvo que renunciarlo. Siguió luchando por los ideales de la Revolución aún con más pasión.<sup>4</sup>

En 1914, se incorporó como médico castrense a las fuerzas del general villista Julián Medina. En diciembre fue nombrado Director de Instrucción Pública en Irapuato. Al siguiente año, Villa fue derrotado en Celaya, y Azuela se escapó a El Paso, Texas. Como veremos más adelante, sus experiencias de revolucionario le servirían de fuente muy fecunda para la mayor parte de su obra.

En 1916, desilusionado y sin dinero, se mudó a la capital con su familia. Allí poco a poco fue ejerciendo sus dos carreras hasta llegar a ser médico en una clínica pública y a ser elogiado como escritor nacional. En 1943 fue nombrado socio del Colegio Nacional. En 1949 recibió el Premio Nacional de Artes y Ciencias. Cuando murió de una enfermedad del corazón el primero de marzo de 1952, fue sepultado en la Rotunda de Hombres Ilustres.

Sus Impresiones de un estudiante es una serie de relatos que revelan ya su conciencia social y algunas de las técnicas descriptivas y narrativas que emplearía en sus novelas.<sup>5</sup> En efecto, el último relato, "La enferma levantó," formaría la base de su primera novela intitulada María Luisa (1907). Con esta novela, Azuela establece el tono de casi todas sus novelas:

. . . . El mismo subconsciente instinto creador que le impele a regresar a la sala donde agoniza la tuberculosis dipsómana le mantendrá para siempre atado a la dolorosa realidad nacional y le convertirá en el escritor más descarnadamente realista de nuestra América.<sup>5</sup>

Ese mismo año, 1907, participó en la publicación de la revista literaria Kalendas. Ejerciendo su profesión en Lagos de Moreno, va observando la vida del pueblo y sigue escribiendo novelas de estilo realista y de intención reformadora. Publica Los fracasados en 1908; el éxito que tiene esta novela lo inicia como novelista profesional. Mala Yerba sale en 1909.

La Revolución estalló en 1910, y Azuela hizo sus primeros intentos de novelar los acontecimientos revolucionarios.<sup>7</sup> Publica Andrés Pérez, maderista en 1911. Es esta novela la precursora inmediata de la serie llamada la Novela de la Revolución Mexicana. Empezó a escribir Los caciques, y luego Los de abajo; éste fue publicado en El Paso, Texas, y llegó a ser su obra mejor conocida internacionalmente. En 1917, publicó Los caciques, y en 1918 publicó las últimas de la serie propiamente llamadas "novelas de la Revolución": Las tribulaciones de una familia decente, Las moscas, Domitilo quiere ser diputado.

En 1923, publicó la Malhora, la primera de tres novelas experimentales. Abandonó la Revolución como tema; abandonó su estilo sencillo; y abandonó el desarrollo cronológico de la trama. Después de emplear la misma técnica moderna impresionista en dos novelas más (El desquite, en 1925, y La luciérnaga, en 1927), volvió a su estilo anterior.<sup>8</sup>

Hubo un período en que Azuela dejó los temas contemporáneos y se dedicó a la novela histórica, publicando Pedro Moreno, el insurgente, en 1933, Precursores, en 1935, y El Padre Agustín Rivera, en 1942. Volvió a las novelas de crítica social con Regina Landa (1939), Avanzada (1940), y Nueva Burguesía (1940).

En la última década de su vida, publicó tres novelas más (La marchanta, en 1946, La mujer domada, en el mismo año, y Sendas perdidas, en 1949. Dejó sin publicar La maldición (1955) y Esa sangre (1956). En Obras completas, aparecen por primera vez Madero, que originalmente fue escrita para realizarla como película cinematográfica, y los esbozos que se mencionaron al principio de esta sección.<sup>9</sup>

Teniendo en cuenta que este estudio examinará detalladamente tres de las novelas de la Revolución, es muy importante destacar algunos de los aspectos de su vida que parecen haber influido en su carrera de escritor.

En primer lugar, Mariano Azuela fue producto del porfiriato en el sentido intelectual. En su educación y en sus gustos literarios era europeo más que mexicano. Como él mismo lo indica en su autobiografía, le gustaba más leer a los europeos que a los mexicanos.

. . . . No es ocioso recordar que escribí María Luisa hace cincuenta y tres años. En ese tiempo la escuela realista estaba en su apogeo: dominaban en Francia Flaubert, los Goncourt, Zola, Daudet, Maupassant y los estudiantes nos avorazábamos con estas novelas como con las de Galdós, Pereda, y Valera. La influencia de los románticos no acababa aún de borrarse y nos extasiábamos todavía con Murger musicado por Puccini y Alejandro Dumas por Guiseppe Verdi. La inmensa mayoría de los lectores

segua gustando la literatura de Victor Hugo, de Jorge Sand y de Eugenio Sue, muy lejos todavía de las complicaciones psicológicas que ahora hasta los peluqueros exigen.<sup>10</sup>

Por mi parte confieso que sólo por necesidades de mi oficio me puse a leer la mayor parte de las novelas del siglo XIX, y hasta después de cumplir con esta fastidiosa tarea, me di cuenta de que sólo por comparación de nuestros propios autores, merecen los elogios calurosos los mejores.<sup>11</sup>

En el sentido social, Mariano Azuela pertenecía a los de abajo. Aunque su padre tenía una tienda de abarrotes y un rancho, Mariano tuvo que pedirle prestado a su tío y padrino para pagar sus deudas estudiantiles.<sup>12</sup> Después de sus experiencias como revolucionario vivió en la pobreza en la capital desde 1916 hasta 1925.

Como médico observó desde muy cerca todas las clases sociales del México de aquella época. Y cuando estalló la revolución tuvo la oportunidad de ver los resultados de la opresión política, económica, y social. Siendo participante activo en las batallas de Julián Medina, observó aquel sacudimiento social desde un punto de vista muy íntimo.

Como ya hemos indicado, Azuela encontró sus placeres literarios en las novelas francesas y españolas, pero su técnica para escribir novelas empezó con el naturalismo de Zola. Empezó a escribir sus novelas en este estilo, pero con Los de abajo empezó una técnica propia que, como vamos a ver, influiría toda una generación de novelistas mexicanos.

La mayoría de los críticos literarios consultados para este estudio están de acuerdo con el juicio que la da a Mariano Azuela un lugar muy alto entre los novelistas mexica-

nos. Uno de los admiradores más leales a Azuela nos dice:

. . . . Mariano Azuela mató las formas, los temas y los fines que la novela mexicana había empleado y perseguido durante cien años justos (1816-1916), e inauguró la era más singularmente autóctona que el género ha revestido hasta ahora allí.<sup>14</sup>

José María Gonzalez de Mendoza declara en su "Prólogo a Mala Yerba" lo siguiente: "En opinión general Azuela es el novelista que más exactamente describe la vida mexicana de nuestro tiempo."<sup>15</sup> Otro crítico mexicano dice que la obra de Mariano Azuela "es la más importante, desde el punto de vista novelístico de toda la época."<sup>16</sup>

Entre los escritores contemporáneos de más importancia en México, Mariano Azuela tiene algunos admiradores y algunos que no tienen nada loable que decir de él. José Vasconcelos, Genaro Fernández MacGregor, y Salvador Novo todos dicen algo favorable de su obra.<sup>17</sup> Pero otros, como Rafael F. Muñoz y Nellie Campobello, hacen una crítica bastante negativa. Nellie Campobello opina lo siguiente:

. . . . Mariano Azuela contó en sus novelas puras mentiras. Como un mal actor se sobreactuó en lo que dijo sobre la Revolución, sobre los revolucionarios. Es un escritor en blanco y negro.<sup>18</sup>

Rafael F. Muñoz dice casi lo mismo:

. . . . En conjunto la obra de don Mariano Azuela puede satisfacer al lector mexicano, ya que denigra a gente del país. El extranjero que la lea verá un México falso, en blanco y negro.<sup>19</sup>

Luis Leal, que ha escrito una biografía de Azuela muy completa y de crítica muy moderada, dice que Mariano Azuela fue el iniciador del ciclo de la Novela de la Revolución y que rompió completamente con el pasado, rechazando las ideas

estéticas de los modernistas. Mariano Azuela, continúa Leal, refleja en sus novelas el mundo en que vivió y se enfrenta con los problemas verdaderos de México.<sup>20</sup>

En los análisis de Los de abajo, Los caciques, y Las moscas estudiaremos pequeños trozos de la obra de Azuela. En esos análisis veremos con más detalle aquellas características que mostró Azuela en muchas de sus obras literarias.

Notas al calce para el capítulo 3.

<sup>1</sup>Luis Leal, Mariano Azuela, su vida y obra (México: Ediciones de Andrea, 1961). También Mariano Azuela (New York: Twayne Publishers, Inc., 1971), pp. 17-37.

<sup>2</sup>Mariano Azuela, Obras completas (3 tomos) (México: Fondo de Cultura Económica, tomos I y II, 1958; tomo III, 1960), III, p. 1127. Dice Azuela: "La carrera sacerdotal nunca me atrajo y mi estancia en ese establecimiento fue meramente accidental."

<sup>3</sup>Algunos esbozos que datan desde 1889 se han publicado por primera vez en Obras completas, op. cit., III, pp. 1197-1239.

<sup>4</sup>Luis Leal, op. cit., p. 24.

<sup>5</sup>Grass, op. cit., pp. 75-82.

<sup>6</sup>Manuel Pedro González, Trayectoria de la novela en México (México: Ediciones Botas, 1951), p. 122.

<sup>7</sup>Leal, Mariano Azuela, op. cit., p. 2.

<sup>8</sup>Escribió El camarada Pantoja en 1928 pero no la publicó, por razones políticas, hasta 1937.

<sup>9</sup>Las bibliografías más detalladas que se encuentran en la biblioteca de la Universidad del Pacífico son estas: Luis Leal, Mariano Azuela, su vida y obra, op. cit.; Obras completas, II. op. cit.

<sup>10</sup>Obras completas, III, p. 1025. <sup>11</sup>Ibid., p. 572.

<sup>12</sup>Mariano Azuela, Epistolario y archivo (México: Centro de Estudios Literarios, Universidad Autónoma de México, 1969), pp. 15-23.

<sup>13</sup>Ibid., p. 25.

<sup>14</sup>Emmanuel Carballo, Diecinueve protagonistas de la literatura del siglo XX (México: Empresas Editoriales, S.A., 1965), p. 108.

<sup>15</sup>Ensayos selectos (México: Fondo de Cultura Económica, 1970), p. 209.

<sup>16</sup>Max Aub, Guía de narradores de la Revolución Mexicana (México: Fondo de Cultura Económica, 1969), p. 34.

<sup>17</sup>Carballo, op. cit., p. 27, p. 55, p. 243, respectivamente.

<sup>18</sup>Ibid., p. 335.      <sup>19</sup>Ibid., p. 275.

<sup>20</sup>Op. cit., p. 121.

## CAPITULO IV

### TRES NOVELAS

Las tres novelas escogidas para este estudio son Los de abajo (1916), Los caciques (1917), y Las moscas (1918). Las tres fueron escritas durante el período revolucionario; aparecen en la colección de Antonio Castro Leal intitulada La Novela de la Revolución Mexicana; y las tres han sido traducidas al inglés. La acción de Los caciques transcurre durante el régimen de Madero. Los de abajo abarca el período carrancista. Las escenas de Las moscas ocurren durante las últimas batallas de Pancho Villa. En su cronología y en sus relatos, estas novelas presentan un retrato muy completo y exacto de los acontecimientos, de la gente, y de la vida de aquellos tiempos.

En este capítulo veremos cada novela desde los puntos de vista siguientes: la estructura, la trama, y los personajes.

#### I. LOS CACIQUES

La estructura de Los caciques es un ejemplo buenísimo de lo que afirma Luis Leal:

. . . . La estructura de la novela no era una de las grandes preocupaciones de Azuela. De los elementos componentes--ambiente, personajes, acción, enredo, estructura--de la novela, el que menos le interesaba era el último.<sup>3</sup>

Azuela narra esta novela de una manera tradicional. Describe la escena y emplea diálogos que desarrollan la trama y que nos hacen ver las características de sus personajes.

. . . . "Don Ignacio," murmuró alguien a las puertas de la iglesia. "Don Ignacio," repitieron centenares de bocas, y la gente se apretó más todavía para abrirle paso al recién llegado.<sup>4</sup>

Así empieza la novela, creando una impresión dramática del poder de los caciques, aquí representado en el personaje de don Ignacio. La trama se desarrolla cronológicamente y le da cierta unidad a la novela. Pero la unidad principal se basa en la familia de caciques que ejercen su poder tiránico sobre individuos y sobre las instituciones políticas, religiosas, sociales, y económicas.

Tres temas se desarrollan en esta novela. El más importante de los tres trata de las relaciones comerciales entre los caciques y don Juan Viñas. Dentro de ese tema más amplio se puede ver otro menor en las actividades de la familia del Llano para engañar al pueblo y enriquecerse todavía más. El último tema es el amor trágico entre la hija de don Juan Viñas y Rodríguez, un idealista que es asesinado por sus ideas liberales.

El tema predominante concierne a la injusticia del caciquismo. La familia del Llano explota al abarrotero don Juan Viñas, que ha establecido su negocio a fuerza de disciplina y mucha labor. Este señor es un hombre tímido, fácil de ser convencido que debe invertir su dinero (además del que les pide prestado a los del Llano) en una vecindad modelo.

Al fin y al cabo pierde todo por haberse fiado de los del Llano, pero don Juan no los culpa a ellos. A un amigo que está criticando a los del Llano le dice:

. . . . --No diga usted nada. ¡Es la voluntad de Dios! Nadie se oponga a los designios de la Divina Providencia. . . . ¡Bendito sea su Santa Mano!<sup>5</sup>

Los hijos de don Juan, Esperanza y Juanito, se vengan de los del Llano prendiendo fuego a un edificio nuevo que están construyendo en el momento que estalla la Revolución.<sup>6</sup>

En el desarrollo del tema secundario se ve la codicia de los caciques cuando hablan entre sí acerca de una cantidad de dinero que les había dejado para los pobres el recién difunto don Juan José del Llano. Los del Llano llevan a cabo los deseos del difunto, pero sólo después de haber logrado una ganancia tremenda con el dinero. Todos los del Llano, inclusive el cura Jeremías, muestran ese defecto de codicia.

El tema menos desarrollado, pero el más trágico, es la derrota de un liberal que trata de apoyar la Revolución. Azuela parece servirse de este personaje para expresar su propia crítica en contra de la sociedad. Un ejemplo es la definición del negocio que declara Rodríguez,

. . . . 'El negocio es nuestro trabajo hecho dinero en el bolsillo de ellos.'<sup>7</sup>

¡Qué pesimismo tan profundo demuestra Rodríguez (y quizá el mismo Azuela) cuando declara:

. . . . El maderismo es ahora la revolución, y toda revolución, indefectiblemente, lleva consigo una inspiración de justicia que todo hombre de corazón lleva en la cabeza. Supongamos que el maderismo triunfa, que el maderismo se suicida convirtiéndose en gobierno, pues el gobierno no es más que la injusticia reglamentada que todo bribón

lleva en el alma. . . . ¿Es ilógico ser hoy maderista y mañana antimaderista?'<sup>8</sup>

Pero este pesimismo parece resolverse en un momento de reflexión personal:

. . . . 'Todo se reduce, pues a que mi mundo interior no concuerda con el mundo real o, lo que es lo mismo, a que soy un inadapado, un fracasado. --Y, sin embargo! . . .

. . . . Y sonriendo repitió entre dientes, 'Y, sin embargo!'<sup>9</sup>

Rodríguez es asesinado, se supone, por orden de los caciques.<sup>10</sup>

Los personajes representan a la clase alta y a la media. Los de abajo aparecen de vez en cuando, casi sin identificación. Los caciques, claro está, representan a la clase alta. Don Ignacio, como el "más representativo de la sucesión" es el personaje principal en la trama. Es un hombre "adusto, seco, inflexible"<sup>12</sup> a quien le interesan más los detalles de su negocio que la muerte de su padre. De regreso del entierro de éste, le asegura a don Juan Viñas que ha hecho bien don Juan en invertir su dinero.<sup>13</sup> Es don Ignacio el que determina cómo llevar a cabo una parte del testamento de su padre en el cual pide que se les reparta una limosna a los pobres. La limosna se repartirá, sí, pero no sin haber hecho primero una ganancia fantástica.<sup>14</sup>

Otro representante de la clase alta es el padre Jeremías, hermano menor de don Ignacio. No hace un papel muy importante en la acción de la novela, pero como un símbolo de la Iglesia sirve para destacar algunas de las ideas religiosas y para poner en relieve algunos de los problemas sociales de aquel entonces. Por ejemplo, el padre Jeremías entiende muy

bien el mandamiento bíblico en cuanto a la caridad, pero también conoce muy bien la realidad en cuanto a la sociedad de su tiempo. Cuando se trata de distribuir la limosna a los pobres, el padre habla de "los pobres de profesión,"<sup>15</sup> y del problema de poder ayudar a los que verdaderamente necesitan la ayuda. Dice el padre:

. . . . Se beneficiarán en todo caso los pobres de solemnidad, mientras que los otros, los verdaderos pobres, los que por vergüenza de sus miserias sufren todos los horrores de la miseria, esos no alcanzarán nada.<sup>16</sup>

El padre Jeremías es un reaccionario en sus ideas políticas. Refiriéndose a la muerte de Francisco Madero, declara que "se puede lastimar, herir, matar, todo lo que quiera, si eso redundando en nuestro propio bien, y Ad de Majoram Dei Gloriam."<sup>17</sup>

El cura es miembro de la familia de los caciques y piensa lo mismo que los otros miembros en cuestiones políticas y de la moral. No se da cuenta de las contradicciones entre las enseñanzas de la Iglesia y las actividades de los caciques. El ejemplo que más llama la atención es del ya mencionado testamento del difunto del Llano y la solución escandalosa.<sup>18</sup>

En don Juan Viñas vemos la unión de los de abajo con los de la clase media. A fuerza de mucha labor don Juan había acumulado lo suficiente para poder decir que pertenecía a la clase media, pero en realidad todavía exhibe los sentimientos y las actitudes de los de abajo. Cuando pierde todo su dinero, queda en la miseria pero no cambia su filosofía religiosa y social. Ama a los caciques aun después de verse arruinado por causa de ellos. Don Juan nunca acepta el hecho

de que los del Llano han sido los culpables. Declara don Juan:

--Paciencia, tenacidad y honradez. Ese es todo el secreto de las gentes ricas.

--¿De modo que usted cree, don Juanito, que los millonarios han hecho su caudal trabajando?

--¡Hombre, qué pregunta! . . . Seguramente. . . . Y si ellos no sí sus padres, sus ascendientes--repuso don Juan con firmeza de roca.<sup>19</sup>

A pesar de su mansedumbre y moderación en todo, don Juan Viñas reacciona más que los reaccionarios que lo rodean en el momento que se sabe el triunfo de Madero.

. . . . Todo el mundo, horrorizado, se tapó las orejas. Entonces hizo irrupción don Juan Viñas.

--¡Señores, ha triunfado la plebe, ha triunfado la plebe!<sup>20</sup>

En un examen de conciencia tristísimo, don Juan Viña se encuentra con la verdad de su existencia--una dependencia completa en los caciques--pero no reconoce aquella verdad.

. . . . Don Juan no se acusa, pues, de pecado formal alguno. . . .<sup>21</sup>

Los caciques es una novela de mucho interés por su interpretación sorprendente de la realidad mexicana en un momento histórico de mucha importancia. Por medio de un argumento bastante sencillo y de fondo sentimental, Azuela destaca los males de la sociedad a la vez que observa el remolino revolucionario con buena dosis de cinismo.

## II. LOS DE ABAJO

La estructura de Los de abajo refleja la desorientación nacional durante la Revolución. Hay una <sup>unidad obvia</sup> unidad obvia en

el hecho de que Demetrio Macías es el personaje central de todos los episodios. También se puede decir que los acontecimientos históricos allí descritos o comentados le dan una unidad de tiempo inalterable. Pero el conjunto de la novela da la impresión de una estructura ligera, hecha nada más para darle alguna forma. A veces se pierde el lector al pasar de un episodio a otro debido a la técnica impresionista y la forma un tanto cinematográfica.

La trama de Los de abajo sigue los pasos de Demetrio Macías empezando en el ranchito de Limón. Después de que dejó a su mujer y a su niño, Demetrio se dio cuenta de que los federales le quemaron su casita. Pasó por varios lugares de batallas históricas y regresó de nuevo a Limón. Allí murió de un balazo.

El móvil principal de su rencor y su ardor revolucionario se basa en un disgusto que tuvo con un tal don Mónico, un cacique de Moyahua.<sup>22</sup> El disgusto no fue para tanto-- "ni siquiera vio correr el gallo! . . . Una escupida en las barbas por entrometido . . . Pues con eso ha habido para que me eche encima a la Federación."<sup>23</sup> Poco a poco fue atrayendo gente--muchos de ellos huyendo de la ley--y se fue formando un grupo revolucionario al parecer muy típico de aquella Revolución.

Demetrio es herido y pasa una temporada en un ranchito de gente muy humilde y muy amistosa con los revolucionarios. Allí empiezan algunos de los problemas que se desarrollarán más adelante. Allí se enamora Demetrio de una muchacha

ranchera que después lo sigue y acaba por ser muerta por una prostituta celosa. Al mismo rancho llega uno de los personajes más importantes y a la vez uno de los más censurables-- el estudiante de medicina Luis Cervantes.

La trama se desarrolla más o menos de una manera ló-gica y al mismo tiempo en una manera ideológica que revela la crítica del autor. Es decir, Demetrio actúa en las circun-stancias del momento, siguiendo las órdenes que recibe y con-tinuando la batalla sin darse cuenta del porqué de tanto [trás-torno. Luis Cervantes, en cambio, es un oportunista muy con-sciente del porqué de las cosas y muy listo para beneficiarse él mismo. Como es un joven educado y sabe expresarse muy bien, Luis parece expresar las opiniones del autor en cuanto a la Revolución.

Con excepción de los oficiales federales, el cacique don Mónico, y Luis Cervantes, todos los demás personajes per-tenecen al grupo de los de abajo. Demetrio, ya que es el per-sonaje principal, es el que se describe con más detalle y el que más bien representa a los de abajo en esa época.

Demetrio es mexicano ante todo.

. . . . En su caballo zaino, Demetrio se sentía rejuve-necido: sus ojos recuperaban su brillo metálico peculiar, y en sus mejillas cobrizas de indígena de pura raza corría de nuevo la sangre roja y caliente.<sup>24</sup>

Y como era hombre del campo, podía tirarse entre las piedras y quedarse dormido.<sup>25</sup>

La familia era para Demetrio lo más sagrado de su vida. La defiende con su vida al enfrentarse con los fede-

rales. Dejar a su esposa y a su hijo mientras se va a luchar es algo muy doloroso para él. "En cada risco y en cada charro seguía mirando la silueta dolorida de una mujer, con su niño en los brazos."<sup>26</sup> Y aunque tiene sus aventuras amorosas con Camila, vuelve a su mujer un poco antes de ser muerto de un balazo.

Demetrio es un hombre orgulloso. No se deja maltratar por el cacique don Mónico y se venga de todos los males que éste le ha causado. A Demetrio le encanta oír relatar sus hazañas:

. . . . Y Demetrio, encantado, oía el relato de sus hazañas, compuestas y aderezadas de tal suerte, que él mismo no las conociera. Por lo demás, aquello tan bien sonaba a sus oídos que acabó por contarlas más tarde en el mismo tono y aun por creer que así habíanse realizado.<sup>27</sup>

El fatalismo de Demetrio se ve en su reacción al encuentro con los dos federales en su casa. Aunque los podría haber matado, no lo hizo y le dijo a su esposa: "--Seguro que no les tocaba todavía."<sup>28</sup> En otra ocasión, hablando de la Revolución, Demetrio revela su fatalismo:

. . . . ¿Por qué pelean ya, Demetrio? Demetrio, las cejas muy juntas, toma distraído una piedrecita y la arroja al fondo del cañón. Se mantiene pensativo viendo el desfiladero y dice: "--Mira esa piedra como ya no se para. . . ."<sup>29</sup>

Demetrio Macías es capaz de cometer actos de violencia para mantener la disciplina de sus tropas, como cuando mata con un tiro a un recluta que lo desobedece.<sup>30</sup> Pero cuando se trata de matar a La Pintada, la prostituta que ha muerto a Camila, Demetrio no lo puede hacer. Listo ya para

darle una puñalada, se le nublan los ojos y le dice a la Pintada que se vaya.<sup>31</sup> Para vengarse de don Mónico, Demetrio da la orden de que se le ponga fuego a la casa del cacique, pero no comete ningún acto de violencia contra su persona.<sup>32</sup>

La borrachera es uno de los vicios más evidentes en Demetrio. Prefiere "el límpido tequila de Jalisco"<sup>33</sup> y se emborracha muy a menudo. Describiendo su visita al pueblo cada ocho días, Demetrio dice:

. . . . Se toma la copita; a veces es uno condescendiente y se deja cargar la mano, y se le sube el trago, y le da mucho gusto, y se ríe uno, grita y canta, si le da su mucha gana.<sup>34</sup>

La costumbre sigue en cuanto le es posible juntarse con sus amigos de batalla en alguna cantina después de las batallas.

Demetrio es un hombre sencillo y sin ambiciones.

. . . . Mire, antes de la revolución tenía yo hasta mi tierra volteada para sembrar. . . a estas horas andaría yo con mucha prisa, preparando la yunta para las siembras.<sup>35</sup>

Cuando Luis Cervantes, el curro oportunista, le ofrece a Demetrio parte de las monedas que se había robado, y éste las rehusa.

. . . . --Hombre, curro . . . ¿Si yo no quería eso!  
 . . . . Moyehua casi es mi tierra . . . ¿Dirán que por eso anda uno aquí! . . .  
 . . . . Déjelo todo para usted . . . De veras, curro  
 . . . Si viera que yo no le tengo amor al dinero.<sup>36</sup>

El grupo revolucionario bajo el mando de Demetrio puede considerarse como "personaje" puesto que Azuela suele captar impresiones que abarcan a todo el grupo. Una de las impresiones más frecuentes es la de alegría y de un abandono completo a las aventuras de la Revolución. Cantan, gritan, se

emborrachan, luchan con un espíritu casi de juego, y recogen sus avances.

Pero dentro de esa alegría y ese abandono, ocurren unos actos de violencia terribles.

. . . . Se distinguen en la carnicería Pancracio y el Manteca rematando a los heridos . . . se dedican a desnudar a los que traen mejores ropas. Y con los despojos se visten y bromean y ríen muy divertidos.<sup>37</sup>

Después de una batalla, están en una cantina, y uno de los revolucionarios dice:

. . . . --No corran tanto, mochitos--les grité--: párense, no me gustan las gallinas asustadas . . . .  
Párense pelones, que no les voy a hacer nada . . . .  
¡Están dados! ¡Ja, ja, ja! La comieron los muy . . . .  
¡Paf, paf! ¡Uno para cada uno . . . y de veras descansaron.<sup>38</sup>

En otra cantina, uno de los revolucionarios hace que el mozo se ponga un cartucho lleno de tequila en la cabeza. Aquél dispara dos veces; la primera vez acierta, haciendo pedazos el cartucho, pero la segunda vez se lleva una oreja del pobre muchacho.

El único de los revolucionarios que no pertenece a los de abajo es Luis Cervantes. Este es un estudiante de medicina que sabe aprovecharse de las circunstancias para mejorar su vida; es decir, recoge sus avances como muchos de los otros revolucionarios. Luis es un joven resentido y ensimismado que sabe expresar muy bien los ideales de la Revolución, así como la traición de esos ideales. Se convierte en hipócrita, oportunista, y alcahuete, pero puesto que es educado y lógicamente adecuado para expresarse, Azuela expresa en labios de él su crítica más fuerte de la Revolución:

. . . . se acaba la revolución y se acaba todo. ¡Lástima de tanta vida segada, de tantas viudas y huérfanos, de tanta sangre vertida! Todo, ¿para qué? Para que unos cuantos bribones se enriquezcan y todo quede igual o peor que antes.<sup>39</sup>

En esta novela, Mariano Azuela <sup>pinta</sup> la Revolución desde un punto de vista tan realista que el lector parece haber estado presente. Captó el espíritu heroico de los participantes, a la vez que mostró sus defectos y sus delitos. Fue una <sup>buena</sup> dicha indudable para México el haber tenido un observador tan capaz de interpretar una época tan compleja en terminos tan dramáticos e inolvidables.

## II. LAS MOSCAS

Mediante una narración rápida y unos diálogos graciosísimos, Azuela pinta unas escenas que tienen lugar en dos ciudades que se están evacuando y en un tren militar que corre entre ambas. Es la ocasión de la derrota de Villa por las fuerzas de Obregón. Azuela capta un trozo de la vida de una familia de la clase media en su lucha por adaptarse a los cambios de gobierno. La estructura de estos relatos es bastante suelta; es decir, hay muy poca unidad en la narración, y los personajes más interesantes tienen muy poco que ver con la trama ligera. Quizá haya sido la intención artística de Azuela la de dar la impresión de caos y desorientación que existía en las orillas del remolino revolucionario. Si así fue, tuvo éxito.

La trama consiste en la fuga de una familia "decente" de Culiacán. Los revolucionarios les habían saqueado su

comercio, llenando los trenes militares con todo lo que pudieron y repartiendo lo demás a la gente del pueblo. Dirigidos por su mamá Marta, dos muchachas y un muchacho (éste de unos 20 años) tratan de arrimarse a los que tienen el poder del momento, ya sea al general, al doctor, o al gobernador. Dos propósitos ocupan a toda la familia: matar el hambre y conseguir ayuda para escaparse a un sitio fuera de peligro. Por medio de la mentira, la coquetería, y la falsa cortesía van buscando la manera de llevar a cabo sus propósitos. Al fin consiguen dinero villista con el cual se escapan las mujeres hasta Aguascalientes, dejando al hijo en Irapuato para que trate con un antiguo compañero de escuela en cuanto a conseguir puesto en el nuevo régimen.

De todos los personajes no hay ninguno que se pueda llamar sobresaliente. En conjunto casi todos representan a los burócratas que van acomodándose a los cambios de líderes y de circunstancias. Lo que les interesa es seguir viviendo de la mejor manera posible.

Los caracteres mejor desarrollados son los miembros de la familia Reyes Téllez. Desde la mamá hasta el hijo Rubén, todos son agresivos y de muy poca vergüenza. Para que se les permita subir al tren sanitario villista, le dicen al doctor que el general Malacara les ha dado permiso de subir y ni siquiera habían hablado con el general. El doctor los trata de muy buen modo y hasta le compra botas a una de las muchachas, pero ninguno de ellos siente la menor gratitud---al contrario; tan pronto como dejan al doctor, empie-

zan a hablar mal de él entre ellos mismos. Las ideas políticas del hijo cambian según su interlocutor. Si habla con un soldado villista, se vuelve todo revolucionario en sus opiniones, pero al hablar con un ex-federal, habla como un conservador de remate.

Matilde, la hija mayor, es la que mejor muestra las características de su familia. Ella es la que le grita al gobernador, alzándolo hasta las nubes con alusiones a la noble raza azteca. Al mismo tiempo se ve que su mayor preocupación es un canario enjaulado que se le vive perdiendo en todo aquel ir y venir de gente. En el centro de Irapuato ve unas botas carísimas y se empeña en que se las compren, aun cuando tiene que pedirle prestado al doctorcito. Al final de la novela es Matilde la que insiste que se quede Rubén en Irapuato para conseguir algún puesto a base de su amistad con un antiguo compañero de escuela. Para salirse con la suya, Matilde hace como que va a tirar los billetes villistas y los pases a Ciudad Juárez. Rubén se queda.

Rosita, la menor, es muy coqueta y usa toda su experiencia cuando habla con un ministro.

. . . . Rosita se apresura a poner un poco de polvo en su rostro, se arregla los rizos de la frente, desparpaja los de la nuca, entreabre al descuido su peto de encaje de manera que asome algo blanco y muelle, algo así como un pedacito de cielo por la rendija de una ventana.<sup>40</sup>

Y cuando el ministro se rehusa a ayudarlos, la misma Rosita le dice:

. . . . --No, señor oficial; no se moleste en acompañarnos. Nosotros hablamos con el general Villa a la hora que se nos antoja y no pedimos ni necesitamos recomendaciones de nadie.<sup>41</sup>

Los demás personajes son representativos del burócrata en todos los niveles del gobierno, incluyendo a los que son líderes en las fuerzas revolucionarias. De estos últimos el más interesante es el general Malacara. Este líder revolucionario se pasa el tiempo emborrachándose, entreteniendo a las soldaderas, y sonriéndose con todo el mundo. Al parecer este hombre no tiene la menor idea de lo que significa la Revolución ni le importa saberlo.

La filosofía básica de estos hombres, expresada por el señor Ríos (procurador de justicia del Estado) y don Sinforozo (alcalde de Turicato que viaja disfrazado de coronel del ejército federal), es ésta:

. . . . --¡Nosotros somos honrados ciudadanos pacíficos e inofensivos que hemos pasado nuestra vida entre las cuatro paredes de la oficina; nuestro delito se reduce a ofrecer nuestro trabajo honesto a quien lo solicite a cambio del pan que a diario llevamos a nuestros hogares.

--Ciertamente, nada tenemos con la política ni con los partidos defendemos lo que es nuestro, nuestros empleos. Nuestro partido único es la comida.<sup>42</sup>

En otra ocasión el mismo señor Ríos habla con un tal don Rodolfo, un abogado director de la Beneficencia Pública que se considera "un profesor de energía." Los dos están de acuerdo que el gobierno tiene el derecho de eliminar a la oposición con la fuerza. Dice don Rodolfo:

. . . . --Es doloroso acudir a medidas tan enérgicas, pero los derechos de la sociedad son sagrados. Dolorosa experiencia nos enseña que solo los procedimientos de nuestros más ilustres mandatarios han podido purgar a la nación de ciertos monstruos.<sup>45</sup>

Hablando de las fuerzas revolucionarias, don Rodolfo hace una evaluación bastante acertada del poder de los burócratas:

. . . . Ellos quieren hacer gobierno solos y son como las piedras lanzadas a las alturas que no fueron hechas para las piedras. Caerán irremisiblemente y como nosotros representamos una fuerza incontrastable, la fuerza de la inercia, o caen en nuestras manos o se aniquilan en plena anarquía.<sup>43</sup>

Los únicos que se quedan en el pueblo recogiendo sus avances son el profesor de energía y Neftali, un poeta modernista afeminado que no tiene la menor energía ni para salirse del peligro. Los demás, el señor Ríos con todos los que van haciendo la lucha por salvarse y servir bajo cualquier gobierno que salga, se van en un tren rumbo al norte.

En esta novela, Azuela pinta unos personajes bastante exagerados, que como las moscas siempre andan buscando qué comer. Exhibiendo un sentido de humor extraordinario, el autor nos presenta una vista muy especial de una sociedad en revuelta.

## Notas al calce para el Capítulo 4.

- <sup>1</sup>2 Tomos, (México: Aguilar, 1965).
- <sup>2</sup>Simpson, Lesley Byrd (trans.), Two Novels of Mexico: The Flies, The Bosses (Berkeley, University of California Press, 1965).
- <sup>3</sup>Luis Leal, Mariano Azuela (México: Ediciones de Andrea, 1961), pp. 122-123.
- <sup>4</sup>Antonio Castro Leal, op. cit., p. 117.
- <sup>5</sup>Ibid., p. 154.    <sup>6</sup>Ibid., p. 159.    <sup>7</sup>Ibid., p. 123.
- <sup>8</sup>Ibid., p. 124.    <sup>9</sup>Ibid., p. 126.
- <sup>10</sup>Ibid., p. 148. Un grupo de reaccionarios se deciden a mandar pedir ayuda para asesinar a Rodríguez.
- <sup>11</sup>Ibid., p. 117.    <sup>12</sup>Ibid.    <sup>13</sup>Ibid.
- <sup>14</sup>Ibid., p. 134. Hicieron la ganancia controlando el precio de maíz por una temporada y después vendiéndolo a precios inflados.
- <sup>15</sup>Ibid., p. 131.    <sup>16</sup>Ibid.    <sup>17</sup>Ibid., p. 148.
- <sup>18</sup>Véase la página 36 de esta tesis.
- <sup>19</sup>Op. cit., pp. 129-130.
- <sup>20</sup>Ibid., p. 136.    <sup>21</sup>Ibid., p. 146.    <sup>22</sup>Ibid., p. 55.
- <sup>23</sup>Ibid., p. 70.    <sup>24</sup>Ibid., p. 73.    <sup>25</sup>Ibid., p. 55.
- <sup>26</sup>Ibid., pp. 54-55.    <sup>27</sup>Ibid., p. 79.
- <sup>28</sup>Ibid., p. 54.    <sup>29</sup>Ibid., p. 111.    <sup>30</sup>Ibid., p. 92.
- <sup>31</sup>Ibid., p. 101.    <sup>32</sup>Ibid., pp. 91-92.
- <sup>33</sup>Ibid., p. 83.    <sup>34</sup>Ibid., p. 69.    <sup>35</sup>Ibid.

<sup>36</sup>Ibid., p. 93.    <sup>37</sup>Ibid., p. 77.    <sup>38</sup>Ibid., p. 83.

<sup>39</sup>Ibid., p. 70.    <sup>40</sup>Ibid., p. 184.    <sup>41</sup>Ibid., p. 185.

<sup>42</sup>Ibid., p. 192.    <sup>43</sup>Ibid., p. 172.

## CAPITULO V

### LA VIOLENCIA EN LAS TRES NOVELAS

#### I. DEFINICIONES

El concepto de la violencia en el sentido más amplio de la palabra va cambiando a medida que se publican estudios sobre el tema. Uno de estos estudios<sup>1</sup> explora la violencia desde un punto de vista que abarca lo histórico, lo psicológico, lo artístico, y lo individual. El escritor Frederic Wertham trata de hacernos conscientes de la complejidad del problema de la violencia en la vida contemporánea. Dice que vivimos en un ambiente lingüístico, social, e histórico que contribuye a la incidencia de actos violentos. Observa que inconscientemente permitimos que se sigan acumulando las circunstancias que pueden resultar en tragedia.

. . . . Human violence is always a symptom. It is never an independent process. It indicates that there is something wrong. No single great cause is ever responsible without many little causes lending a hand. It is the small things, both in individual life and in our institutions, which foreshadow and help to facilitate or bring about the explosions of violence.<sup>2</sup>

En una reunión (seminar) de catedráticos, psicólogos, historiadores, criminólogos, científicos, y autoridades del gobierno, se presentaron varios informes acerca de la violencia en los Estados Unidos.<sup>3</sup> En la Introducción, el doctor Harris declara:

. . . . The seminar deliberately avoided formal definition of the concept, assuming that discussion launched directly from such common understandings as are conveyed by our descriptive language would be more fruitful than an expanded semantic exercise in specification of the concept.<sup>4</sup>

Pero de todos modos sí usa el señor Harris una definición limitada, como punto de partida. Es ésta:

. . . violence is individual or group behavior which inflicts some form of injury on others. Some would extend this idea to man's property as well as his person.<sup>5</sup>

Una definición muy parecida resultó de las actividades de una comisión nacional nombrada por el presidente Lyndon B. Johnson.

. . . we have defined "vulence" simply as the threat or use of force that results, or is intended to result, in the injury or forcible restraint or intimidation of persons, or the destruction or forcible seizure of property.<sup>6</sup>

Más adelante se declara que la violencia legítima y la ilegítima forman parte de un continuum; es decir, lo que puede considerarse violencia en una circunstancia podría ser aceptada como no violencia en otra. La siguiente explicación aclara un poco mejor la distinción:

. . . . Violence becomes sharply separated into the basic categories of "legitimate" and "illegitimate" primarily in the context of a particular human society or cultural tradition.<sup>7</sup>

El punto de vista que me parece el más acertado para el presente estudio es el del doctor David N. Daniels y sus colaboradores.<sup>8</sup> El doctor Daniels usa la siguiente definición de la violencia:

. . . . I shall define violence as direct action applied to physically restrain, injure, or destroy persons, groups, organizations, or property.<sup>9</sup>

Y también habla de lo que llama "la violencia colectiva," que es según él:

. . . group behavior leading to the physical restraint, injury, or destruction of persons, groups, organizations, or property. This latter definition would include war, revolution, insurrection as well as riot, and, frequently, riot control.<sup>10</sup>

Me parece lógico tener en cuenta estas definiciones para poder incluir en nuestro análisis no solo la violencia directa de una batalla, sino también el ambiente en el cual los actos de violencia pudieron planearse y llevarse a cabo.

Antes de presentar un análisis de la violencia misma, destacaremos algunas de las actitudes del pueblo acerca de la violencia. Ojalá que estos comentarios aclaren el porqué de la violencia incontrolable.

## II. ACTITUDES ACERCA DE LA VIOLENCIA

Algunas de las actitudes acerca del uso de la violencia, expresadas a través de las novelas, contribuyeron indudablemente al exceso de actos violentos durante la Revolución. Estas actitudes parecen existir en toda la sociedad mexicana de entonces.

Una actitud que disculpa los actos violentos desde el punto de vista religioso es expresada por el padre Jeremías en Los caciques. Su actitud personal en cuanto a Madero se comprende por ser él parte de la familia de los caciques, pero es sorprendente que este cura apoye el asesinato de Madero en nombre de la Iglesia:

. . . . --Está usted en error juzgando como un crimen la ejecución de Madero--intervino el padre Jeremías. El mismo regicidio está aprobado por la Iglesia. . . . Se puede lastimar, herir, matar, todo lo que uno quiera, si eso redundará en nuestro propio bien, y Ad Majorem Dei Gloriam.<sup>11</sup>

En Las moscas se ve una actitud muy parecida entre los ex federales. Hablando de Pancho Villa, dos señores "se entienden" al hablar de los asesinatos. Dice uno:

. . . . --Es doloroso acudir a medidas tan enérgicas, pero los derechos de la sociedad son sagrados. Dolorosa experiencia que solo los procedimientos de nuestros más ilustres mandatarios han podido purgar a la nación de ciertos monstruos.<sup>12</sup>

En esta misma ocasión el abogado Ríos admite el haber autorizado la muerte de muchos.<sup>13</sup>

Esta predilección por resolver problemas políticos acudiendo a la violencia se presenta en Los caciques también. Al saber que unos liberales se han reunido en secreto, los señores decentes deciden mandar pedir ayuda y resulta la siguiente conversación.

. . . . --¡Que los truenen . . . si se puede! . . .  
 . . . . --¡Admirable! . . . ¡Perfectamente bien dicho!  
 . . . . --Mañana mismo lo pedimos.<sup>14</sup>

Una actitud quizás aún más prevalente y más peligrosa es el sentido de fatalidad que se expresa en tantas formas. Demetrio Macías demuestra esta actitud mediante el curso de sus aventuras. Don Juan Viña no se atreve a criticar a los del Llano por creer que todo lo que pasa en el mundo pasa porque es la voluntad de Dios. Con esta actitud, llevada a un extremo lógico, se puede aceptar y justificar el crimen más horroroso.

Habiendo tomado en cuenta estas actitudes que prevalecían antes y durante la Revolución, ahora pasamos a las varias formas de violencia que transcurren en las novelas.

### III. LA VIOLENCIA DEL ESTADO

No hay manera de juzgar la violencia cometida en nombre del Estado para distinguir la legítima de la ilegítima, pero se puede imaginar--ya que hablamos de acontecimientos imaginarios--que gran parte de dicha violencia sería ilegítima. En Los de abajo, se dice algo del ambiente opresivo que existía antes de la guerra y que sin duda estallaría en actos de violencia.

. . . . ¿Quién se acordaba ya del severo comandante de la Policía, del gendarme gruñido y del cacique infatuado?<sup>16</sup>

La muerte de Rodríguez en Los caciques es facilitada por un agente de seguridad.<sup>17</sup> Y como ya vimos, su muerte fue el resultado de un plan hecho por la gente decente. Poco después llevaron presos a todos los liberales. En la definición que se está empleando para este estudio, esto también se considera violencia.

En reclutar hombres para el ejército federal, los federales cometieron muchos actos de violencia. Un soldado habla de esto en Los de abajo:

. . . . A medianoche me sacaron de mi casa tres gendarmes; amanecí en el cuartel y anocheceí a doce leguas de mi pueblo.<sup>18</sup>

Los ex federales de Las moscas hablan de los villistas:

. . . . --No saben pelear--afirma otro con gravedad--; esta famosa División del Norte y sus destacadas proezas no son más que "bluff." La verdad es ésta; cuando los federales los atacamos, perdíamos solo parque; en vez de soldados llevábamos liebres, gentes levantadas en leva, que lo primero que hacían era correr o pasarse al enemigo. Villa nos mataba nuestros hombres como si estuviera en una cacería.<sup>19</sup>

Azuela nos pinta una escena que muestra los resultados de este proceder. Los federales están en plena batalla con las fuerzas revolucionarias:

. . . . Fue preciso que los jefes federales hicieran fuego sobre los fugitivos para restablecer el orden.<sup>20</sup>

Es decir que los reclutas sufrían por todos lados, ya a causa de los villistas o por la disciplina de los jefes federales.

Un serrano habla de la violencia de los federales así:

. . . . Ahora van ustedes [Macías y su gente] ; mañana correremos también nosotros, huyendo de la leva, perseguidos por estos condenados del gobierno, que nos han declarado guerra a muerte a todos los pobres; que nos roban nuestros puercos, nuestras gallinas y hasta el maicito que tenemos para comer; que queman nuestras casas y se llevan nuestras mujeres, y que, por fin, donde dan con uno, allí lo acaban como si fuera perro del mal.<sup>21</sup>

Si algunos actos de violencia colectiva bajo las órdenes del gobierno parecen tener algo de legítimo por haber sido cometidos en el calor de prepararse para las batallas y de meterse en pleno combate, hay otros actos aislados que no parecen ser nada más que actos irracionales de individuos enloquecidos por el poder. Es interesante observar que el primer acto de violencia en Los de abajo es el balazo que mata al perro de Demetrio. Los mismos federales después le prenden fuego a la choza humilde de Demetrio. Cometten dos actos que resultan en destrucción inútil. Hay una referencia

al rapto de una muchacha.<sup>22</sup> El puntapié que le da un coronel a Luis Cervantes hace que éste se vuelva revolucionario.<sup>23</sup>

Un sargento se refiere a la violencia desenfrenada cuando declara:

. . . . Lo que en tiempos de paz no se hace en toda una vida de trabajar como una mula, hoy se puede hacer en unos cuantos meses de correr la sierra con un fusil a la espalda.<sup>24</sup>

En resumen, la violencia cometida en nombre del gobierno, ya sea bajo autorización militar o no, abarca todos los grados: las amenazas, el robo, el incendio, el rapto, el homicidio. Ahora veremos las actividades de los revolucionarios.

#### IV. LA VIOLENCIA DE LAS FUERZAS REVOLUCIONARIAS

La violencia de los revolucionarios se manifiesta en varias maneras. Hay la violencia en sus vidas antes de entrar en los campos de batalla, hay la violencia en las batallas mismas, y hay la violencia cometida en los intervalos entre batallas.

En Los de abajo, hay muchos ejemplos de la vida violenta que vivían muchos de los revolucionarios. Demetrio Macías mismo, como ya vimos, era de una región en la cual la borrachera y el pleito eran cosa de cada fin de semana. La gente de Macías incluía a asesinos que nunca habían sido presos y a criminales recién liberados por las fuerzas revolucionarias.

En plena batalla es donde ocurren los actos más asom-

brosos. Pancraccio empuja a un coronel desarmado sobre un pretil, de donde cae veinte metros de altura.<sup>25</sup> Estando de centinel, Anastasio le da un balazo en un pie a Luis Cervantes, aunque éste se había dado por vencido.<sup>26</sup> Los aeroplanos de Villa, usando granadas que dejaban caer sobre el enemigo, dejaban muertos por dondequiera.<sup>27</sup>

Pero es en los intervalos entre batallas donde ocurren muchos de los excesos. Por el motivo más sencillo se arma un lío, dejando heridos y muertos. Un soldado, hablando de un encuentro que tuvo con un federal (a quien mató), dice que de ira mató a un hombre que iba por la misma calle. El peor de todos para esta clase de violencia irracional de remate es el güero Margarito. Abundan los ejemplos de su crueldad. Si no le está echando bofetadas a un mozo indefenso, está burlándose de otro, haciéndolo "bailar" a balazos. Y el güero se disculpa así:

. . . . --Así soy yo, mi general Macías; mire como ya no me queda pelo de barbas en la cara. ¿Sabe por qué? Pues porque soy muy corajudo, y cuando no tengo en quien descargarse me arranco los pelos hasta que se me baja el coraje.<sup>28</sup>

Otros del mismo tipo hablan de actos parecidos y se disculpan diciendo que no podían aguantar la ira.

El sadismo del güero Margarito llega al colmo en su manera de tratar a un prisionero:

. . . . Y el güero Margarito sacó su pistola, puso el cañon sobre la tetilla izquierda del prisionero y paulatinamente echó el gatillo atrás. . . . El güero Margarito mantuvo así su pistola durante segundos eternos. Y sus ojos brillaron de un modo extraño y su cara regordeta, de inflados carrillos, se encendía en una sensación de suprema voluptuosidad.

. . . . --¡No, amigo federal!--dijo lentamente retirando el arma y volviéndola a su funda--, no te quiero matar todavía. . . . Vas a seguir como mi asistente. . . . ¡Ya verás si soy hombre de mal corazón!

Y guiñó malignamente sus ojos a sus inmediatos.<sup>29</sup>

Las soldaderas también contribuyeron a la violencia que ocurría en las cantinas y los pueblos cercanos a las batallas. La Pintada es la soldadera por excelencia. Además de ser prostituta es también muy codiciosa--recoge lo que puede de los "avances"--y muy amante del pleito. Es ella la que mata a Camila, la humilde querida de Demetrio. Este por poco se venga de la Pintada con un puñalazo, pero se arrepiente y le dice que se vaya.

En las tres novelas abundan otras formas de la violencia: el saqueo y el incendio. En Las moscas se habla del saqueo de un comercio y de una catedral. En Los de abajo, muchas de las escenas ocurren precisamente mientras están destruyendo casas y recogiendo los avances. El incendio es usado por los federales como en el caso de la choza de Macías y éste lo usa para vengarse de don Mónico. En Los caciques los hijos de don Juan Viña se vengan de los del Llano, poniéndole fuego a su sitio de comercio.

Las actitudes acerca de la violencia y los actos de violencia mismos se han analizado, basándonos en las tres novelas. Ahora nos parece necesario redondear nuestro análisis destacando la crítica de Azuela en torno a la sociedad que sufrió esa violencia.

## LA VIOLENCIA A TRAVES DE LA CRITICA DE AZUELA

Como ya se ha dicho, la violencia ocurre en un contexto muy complejo. La sociedad entera contribuye en maneras positivas tanto como en las negativas. Azuela hace una crítica muy acertada en cuanto a la sociedad mexicana en los años de la Revolución. Destaca la injusticia de los caciques tanto como la ignorancia de las masas. Habla de la inmoralidad del clérigo tanto como de la intolerancia del pueblo. Ilumina, como hombre de ciencia que fue, para tratar de encontrar la verdad.

Azuela critica el poder de los caciques y el abuso de ese poder. En Los de abajo, el cacique don Mónico va en persona a Zacatecas a conseguir una escolta para arrestar a Demetrio. Este se dio cuenta y huyó, pero de todos modos se ve el tremendo poder de don Mónico en ir a traer una escolta militar para tratar de un asunto personal entre él y Demetrio.

Un comerciante liberal en Los caciques da su punto de vista hacia el caciquismo:

Has de saber que, así como a los frailes se les llegó su día con don Benito Juárez, a los caciques les ha llegado el suyo con Francisco I. Madero . . . Los caciques son la plaga que nos está chupando la sangre.<sup>30</sup>

Y parece tener razón este señor si examinamos la experiencia del abarrotero don Juan Viñas. Este señor, después de haber perdido todo por causa de los del Llano, trata de conseguir ayuda de otros comerciantes. Todos los rehusan por temor a los del Llano.<sup>31</sup>

No sólo ejercen su poder en cuanto a los militares y en cuanto al comercio, sino que aun en la política ejercen un poder casi absoluto. Al verse amenazados por unos cuantos liberales del pueblo, los caciques se reúnen para dar su apoyo a un partido reaccionario y cada uno promete los votos de su "gente."<sup>32</sup> En esa misma reunión deciden usar la Policía Secreta para asesinar a Rodríguez y encarcelar a los demás liberales.

Los intelectuales también son criticados por Azuela. En boca de Rodríguez, el más liberal de todos los personajes, se expresa el autor así:

Sabemos que hay dos clases de siervos en México; los proletarios y los intelectuales; pero mientras los proletarios derraman su sangre a torrentes para dejar de ser siervos, los intelectuales empapan la prensa con su baba asquerosa de rufianes. . . .<sup>33</sup>

Al mismo tiempo, Azuela destaca el extremo de la anti-intelectualidad en el personaje de don Juan Viñas. Hablando con Rodríguez acerca de los negocios, don Juan le dice:

--¡Ah, qué Rodríguez! ---clamó don Juan---; ¡ha perdido el tiempo en leer libros y papeles que a nada conducen, que no dejan nada!<sup>34</sup>

Muy parecida a esta crítica es la que hace un personaje liberal en Los caciques:

!La ignorancia de las masas es la desgracia nacional! Quién no lucha contra la ignorancia es un criminal. Por la ignorancia de las masas llevamos cinco lustros de soportar la bota del dictador Porfirio Díaz.<sup>35</sup>

La enseñanza de la historia también tiene sus males, según Azuela. El hijo de don Juan Viñas habla de la que él ha recibido:

. . . . ¿La señorita de sexto? Sí, también dice lo del libro; pero a ella no le creemos nada. Fíjese; el año pasado decía que Madero era un bandido, un latrofacioso; hoy le llama imaculado patriota y nuestro Gran Presidente . . . Igualito a lo que decía antes de don Porfirio . . . ¡La creíamos y . . . no! . . . 36

Las diferencias sociales y la intolerancia se destacan también como males de la sociedad. El rico y el pobre viven en un mundo socialmente aparte. Pero tienen mucho en común en cuanto a su intolerancia por las ideas nuevas y por los individuos que las presentan. Al parecer, todas las clases de la sociedad aceptan la violencia como manera de resolver un conflicto.

Dados los abusos del caciquismo, la intolerancia en todas las clases de la sociedad, el uso de la violencia para resolver conflictos, y la ignorancia de las masas, parece muy acertada la observación de Antonio Castro Leal.<sup>37</sup>

. . . . Fue un momento de caos . . . en que principia la lucha con una cólera ciega y un afán de venganza reprimida durante muchos años.

Notas al calce para el capítulo 5.

<sup>1</sup>Frederic Wertham, A Sign for Cain (New York: The MacMillan Co., 1966).

<sup>2</sup>Ibid., p. 372.

<sup>3</sup>Dale B. Harris (ed.), Violence in Contemporary American Society (Pennsylvania: The Pennsylvania State University, 1969).

<sup>4</sup>Ibid., pp. vii-viii.

<sup>5</sup>Ibid., p. viii.

<sup>6</sup>Progress Report of the National Commission on the Causes and Prevention of Violence to President Lyndon B. Johnson (Washington, D.C.: U. S. Government Printing Office, 1969).

<sup>7</sup>Ibid., p. 3.

<sup>8</sup>David N. Daniels, et. al., Violence and the Struggle for Existence (Boston: Little, Brown and Company, 1970).

<sup>9</sup>Ibid., p. 166.    <sup>10</sup>Ibid.    <sup>11</sup>Leal, op. cit., p. 148.

<sup>12</sup>Ibid., p. 172    <sup>13</sup>Ibid.    <sup>14</sup>Ibid., p. 148.

<sup>15</sup>Ibid., p. 168.    <sup>16</sup>Ibid., p. 73.

<sup>17</sup>Ibid., p. 149 and p. 150.    <sup>18</sup>Ibid., p. 61.

<sup>19</sup>Ibid., p. 189.    <sup>20</sup>Ibid., p. 57.    <sup>21</sup>Ibid., p. 58.

<sup>22</sup>Ibid., p. 59.    <sup>23</sup>Ibid., p. 61

<sup>24</sup>Ibid., pp. 61-62.    <sup>25</sup>Ibid., p. 77.    <sup>26</sup>Ibid., p. 59.

<sup>27</sup>Ibid., p. 81.    <sup>28</sup>Ibid., p. 85.    <sup>29</sup>Ibid., p. 97.

<sup>30</sup>Ibid., p. 120.    <sup>31</sup>Ibid., p. 152.

<sup>32</sup>Ibid., p. 138.    <sup>33</sup>Ibid., p. 144.

<sup>34</sup>Ibid., p. 126.    <sup>35</sup>Ibid., p. 120.

<sup>36</sup>Ibid., p. 161.    <sup>37</sup>Op. cit., p. 48.

## CAPITULO IV

### CONCLUSIONES

Antes de indicar algunas conclusiones más concretas acerca de lo que se ha ido estudiando, nos parece imprescindible hacer una observación general. El tema de la violencia contiene tantas facetas que su desarrollo en la literatura histórica, sociológica, y psicológica parecería inagotable. Al entrar en el tema, aún en un estudio tan limitado como éste, parece uno estar en un laberinto cuyas paredes consisten en espejos iluminados. Cuando menos piensa uno, el concepto de lo que es la violencia cambia según el punto de vista del investigador. A veces parece imposible hallar los límites de lo que es violencia y lo que no es. Pero por algo se empieza, y por eso hemos tenido que emplear una definición bastante limitada.

Alguien ha dicho que el crimen es un motín en moción lenta, como en las películas. Algo parecido puede decirse de la violencia en el sentido más amplio de la palabra. La violencia en México ya tenía muchos años de desarrollo en moción lenta y de pronto el 20 de noviembre se volvió moción rapidísima hasta llegar, en diez años, a un nuevo equilibrio.

Hemos visto ya en el capítulo II los antecedentes de revolución. Había ya una tradición de rebelión, y la repre-

sión despótica del Porfiriato se volvía cada día más sangrienta, simbolizada por Cananea y Río Blanco. La Revolución, una vez en marcha, no podía menos que seguir los caminos ya bien trazados desde muchos años. Lo inesperado fue la participación de las masas. En eso está lo divino y lo trágico a la par. Su participación, considerada cuantitativamente y nada más, aseguró la victoria. Su falta de preparación y de disciplina contribuyó muchísimo al exceso de violencia y a la muerte de tanta gente.

En el capítulo V hemos visto la Revolución a través de tres novelas de Mariano Azuela. ¿Reflejó el autor la verdad, o no? Nos parece que sí. Hay una concordancia extraordinaria entre los relatos históricos y el conjunto de las tres novelas. No se puede negar que hay un tono pesimista en Azuela, pero es un pesimismo muy humano. Azuela nunca deja de creer en los ideales de la Revolución. Su obra y su vida son testigos de su amor por la humanidad y por la justicia. Además, los historiadores, los cancioneros, las fotografías tomadas en plena Revolución, las pinturas famosísimas de Diego Rivera, los imitadores de sus novelas--todos concuerdan con lo que nos ha dejado Azuela como testimonio personal de la Revolución.

La última conclusión es ésta: falta un estudio definitivo--si es que lo sea posible--acerca de la violencia en México. Sería muy útil como fuente histórica un libro parecido al The History of Violence in America.<sup>1</sup> Solo con esta clase de estudio bien documentado y bien escrito se puede

llegar a un conocimiento más profundo de lo que es la violencia mexicana en su propio contexto. Con ese conocimiento ya difundido entre toda la sociedad, posiblemente se encontrarán maneras de reconocer las causas de la violencia.

## BIBLIOGRAFIA

- Abreu Gómez, Ermilo. Clásicos, románticos, modernos. México: Ediciones Botas, 1934.
- Alegría, Fernando. Historia de la novela hispanoamericana. México: Ediciones de Andrea Edison, 1966.
- Alessio Robles, Miguel. Ideales de la Revolución. México: Editorial "CULTURA", 1935.
- Arenas Guzmán, Diego. La Revolución Mexicana. México: Fondo de Cultura Económica, 1969.
- Arredondo Muñozledo, Benjamín. Historia de la Revolución Mexicana. México: Offset Larrios, 1968.
- Aub, Max. Guía de narradores de la Revolución Mexicana. México: Fondo de Cultura Económica, 1969.
- Azuela, Mariano. Epistolario y archivo. México: Centro de Estudios Literarios, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969.
- \_\_\_\_\_. Tres novelas de Mariano Azuela. México: Fondo de Cultura Económica, 1969.
- \_\_\_\_\_. Obras completas. 3 Tomos. México: Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Barrera Fuentes, Florencio. Historia de la Revolución Mexicana. México: Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana, 1955.
- Brushwood, John S., y Garcidueñas, José Rojas. Breve historia de la novela mexicana. México: Ediciones de Andrea, 1959.
- Callcott, Wilfred Hardy. Liberalism in Mexico, 1857-1929. Hamden, Connecticut: Archon Books, 1965.
- Carballo, Emmanuel. Diecinueve protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX. México: Empresas Editoriales, S.A., 1965.

- Castillo, Carlos (editor). Antología de la literatura mexicana: introducción, selecciones y crítica de Carlos Castillo. Chicago: The University of Chicago Press, 1944.
- Castro Leal, Antonio. La novela de la Revolución Mexicana. 2 Tomos. México: Aguilar, 1965.
- Cumberland, Charles C. Mexican Revolution. Austin, Texas: University of Texas Press, 1952.
- Fernández Mac-Gregor, Genaro. Carátulas. México: Ediciones Botas, 1935.
- Fredenburgh, Franz A. The Psychology of Personality and Adjustment. Menlo Park, California: Cummings Publishing Co., 1971.
- González, Manuel Pedro. Trayectoria de la novela en México. México: Ediciones Botas, 1951.
- González de Mendoza, José María. Ensayos selectos. México: Fondo de Cultura Económica, 1970.
- González Peña, Carlos. Historia de la literatura mexicana desde los orígenes hasta nuestros días. México: Editorial Porrúa, 1960.
- González Ramírez, Manuel. La revolución social de México. Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Graham, Hugh Davis, y Gurr, Ted Robert. The History of Violence in America. New York: Frederick A. Praeger, Publishers, 1971.
- Grass, Roland Leo. Precursors of the Novel of the Mexican Revolution. Manuscrito publicado por University Microfilms, 1968.
- Grismer, Raymond Leonard. Vida y obra de autores mexicanos. La Habana: Editorial "Alfa", 1945.
- Harris, Dale B. et. all. (editores). Violence in Contemporary American Society. University Park, Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press, 1969.
- Hartogs, Dr. Renatus, y Artzt, Eric. Violence: Causes and Solutions. New York: Dell Publishing Co., Inc., 1970.
- Jiménez Rueda, Julio. Historia de la literatura mexicana. México: Ediciones Botas, 1934.

- Leal, Luis. Mariano Azuela, su vida y obra. México: Ediciones de Andrea, 1961.
- Martínez, José Luis. De la naturaleza y carácter de la literatura mexicana. México: Tezontle, 1960.
- \_\_\_\_\_. Literatura mexicana, siglo XX, 1910-1949. México: Antigua Librería, Robredo, 1949-50.
- México, cincuenta años de revolución. Tomo II. México: Fondo de Cultura Económica, 1961.
- Rabasa, Emilio. La evolución histórica de México. México: Editorial Porrúa, S. A., 1956.
- Romero Flores, Jesús. Anales históricos de la Revolución Mexicana. Tomo I. México: Libro MEX, 1960.
- Sierra, Justo. The Political Evolution of the Mexican People. (traductor Charles Ramsdell). Austin, Texas: University of Texas Press, 1969.
- Silva Herzog, Jesús. Breve historia de la Revolución Mexicana. 2 Tomos. México: Fondo de Cultura Económica, 1960.
- \_\_\_\_\_. Trayectoria ideológica de la Revolución Mexicana, 1910-1917. México: Cuadernos Americanos, 1963.
- Simpson, Lesley Byrd. Many Mexicos. Berkeley: University of California Press, 1966.
- Sommers, Joseph. After the Storm. Albuquerque: The University of New Mexico Press, 1968.
- Tomasek, Robert D. (editor). Latin American Politics. Garden City, N.Y.: Anchor Books, Doubleday, 1970.
- Torres-Ríoaseco, Arturo. The Epic of Latin American Literature. Berkeley, University of California Press, 1961.
- Ugarte, Jose Bravo. Compendio de historia de México. México: Editorial Jus, 1968.
- Valadés, Edmundo, y Leal, Luis. La Revolución y las letras. México: Instituto Nacional de Bellas Artes, Departamento de Literatura, 1960.
- Velasco Valdés, Miguel. La prerevolución y el hombre de la calle, México: Costa-Amic, 1964.

Wertham, Frederic. A Sign for Cain. New York: The MacMillan Co., 1966.

Womack, John Jr. Zapata and the Mexican Revolution. New York: Alfred A. Knopf, 1969.